



### DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA.

Ha llegado á ser la figura principal de la insurrección y el símbolo de ella; su fama ha obscurecido la de todos los que militaron con él ó á sus órdenes, y se ha conseguido hacer de él el primer héroe de la Independencia. Los intentos, débiles por cierto, de la crítica, para analizar su obra pública y darle la recompensa que merece ó vituperarlo por sus faltas, se han estrellado ante el fanatismo de ciertos partidarios que lo han declarado intangible y que discuten á todos menos á él. Dadas estas circunstancias y la oportunidad en que se escribe esta biografía, no se espere un estudio crítico y completo de la vida y hechos del Cura de Dolores, sino únicamente una relación de sus actos, acompañada de escasas observaciones cuando fuere indispensable y la rectificación de algunas de las muchas inexac-

titudes que se han escrito acerca de la vida de una personalidad tan notable en la historia de México, como lo es Don Miguel Hidalgo y Costilla.

Nació Hidalgo el 8 de Mayo de 1753, en el Rancho de Corralejo, jurisdicción del Obispado de Michoacán; sus padre eran parientes lejanos entre sí y nacidos en puntos muy opuestos. Don Cristóbal, padre del Cura, nacido en Tejupilco, pertenecía á una familia allí radicada desde principios del siglo XVII; las circunstancias lo llevaron á la provincia de Guanajuato, donde desde la conquista vivía la familia de la que fué su esposa, Doña Ana Gallaga y Villaseñor, la que á la sazón era una huérfana que muertos sus padres y abuelos vivía con unos tíos suyos. Se ha fantaseado sobre la manera como trabaron conocimiento los futuros esposos pero sin fundamento, porque ese conocimiento nada tuvo de extraordinario ni de romántico. Don Miguel fué el segundo de sus tres hermanos, y quedó huérfano de madre en muy temprana edad; el casamiento de su padre con Doña Gerónima Ramos, hizo que los cuatro hermanos fuesen á vivir con su tío abuelo el Bachiller Don José Manuel Villaseñor, Cura de Coeneo, hermano de Doña Joaquina Villaseñor de Gallaga, abuela de los Hidalgo. El citado Bachiller se encargó de la educación de sus sobrinos, y á los cuatro dió



estado: á los mayores Don José Joaquín y Don Miguel, los envió á estudiar á Valladolid, y allí se ordenaron de sacerdotes; Don Manuel Mariano hizo sus estudios de abogado en México, donde quedó radicado y casó con Doña Gertudis Almendaro; el último, Don José María, fué Bachiller en artes en 1780, pero no habiendo querido continuar sus estudios, se dedicó al campo, radicándose en Pénjamo, donde se casó con Doña Sebastiana Villaseñor, y donde vivía en 1810, según consta en documentos fehacientes que tenemos.

Don Miguel Hidalgo estudió en el colegio de San Nicolás, de Valladolid, á los doce años, y á los diez y siete vino á México á recibir el grado de Bachiller en artes, el 30 de Marzo de 1770; su hermano mayor recibió el grado á su vez al día siguiente; tres años después, el 24 de Mayo de 1770, ambos hermanos se graduaron de Bachilleres en filosofía; su Profesor fué Don José Joaquín Menéndez Valdés. Don Miguel continuó sus estudios y en 1783 estaba en disposición de recibir los grados de Licenciado y Doctor como lo hizo su hermano Don José Joaquín, pero algún incidente que le ocurrió le impidió realizar su propósito. Las fechas en que recibió las órdenes sagradas y cantó su primera misa Don Miguel, son fáciles de averiguarse, y el que esto escribe declara con toda fran-

queza que si no lo ha conseguido ha sido únicamente porque no ha podido disponer de tres ó cuatro días que necesita emplear en la gestión.

Hidalgo hizo brillantes estudios, y además de ellos aprendió el tarasco y algún otro idioma indígena, lo que le sirvió mucho cuando fué Cura de almas; sus compañeros le llamaban "El Zorro," por la astucia de que daba muestras. Terminados sus estudios siguió viviendo en Valladolid, y consta que en 1785 era catedrático de prima de Sagrada Teología, puesto que obtuvo por oposición. Se afirma que también fué Rector de San Nicolás cuando Morelos hizo allí sus estudios; si esto queda probado, resultará que en 1793 ó 1794 continuaba aún en Valladolid, pues por entonces ingresó Morelos al colegio, pero nos parece algo difícil que haya sido así, pues Hidalgo no permaneció tantos años en Valladolid, á causa de las dificultades que tuvo por la rectoría del colegio, y en ese tiempo era Cura de San Felipe.

Algún tiempo anduvo por Tajimaroa y otros pueblos del Sur de Michoacán; también sirvió el Curato de Colima, como ha quedado últimamente comprobado; la independencia de sus ideas fué causa de las diferencias que tuvo con sus superiores y del proceso que en 1880 le formó la Inquisición; se le encomendó la Parroquia de San Feli-



pe, donde permaneció desde 23 de Enero de 1793 hasta 14 de Enero de 1800, en que por el proceso de que hemos hablado se le suspendió por algún tiempo. Abjuró sus errores, se reconcilió con la iglesia, y por la muerte de su hermano Dcn Joaquín, se le encomendó el Curato de la Congregación de los Dolores el 3 de Octubre de 1803.

Dedicado al estudio adquirió una vasta ilustración, muy superior á la de aquella época; sabía el francés, lo que era rarísimo entonces, y no había olvidado sus ocupaciones agrícolas de la infancia. En su Curato estableció una fábrica de loza, formó una banda de música, procuró fomentar la cría del gusano de seda, plantó unas moreras que aún se conservan, é hizo otras mejoras. Por razón de sus lecturas, insensiblemente se fué volviendo enemigo de la dominación española, y como todos los criollos de entonces, estaba deseoso de que terminara. A él más que á otros, impresionaron los sucesos ocurridos en España en 1808 y dispusieron su ánimo á pensar en un cambio de Gobierno; sin embargo, en su curato poco ó nada podía hacer, por lo reducido del campo donde accionaba; pero la invitación de su pariente el Cura de Huango Don Manuel Ruiz de Chávez para tomar parte en la conspiración de Valladolid, le reveló la existencia de otros hombres que tenían las mismas aspiraciones que él. Desde en-

tonces contrajo amistad con Allende, sobre el que adquirió el ascendiente que las canas, la ciencia, la experiencia y el carácter sacerdotal dan sobre la juventud; hizo entrar en el complot á Aldama, se relacionó con la Junta de Querétaro y empezó á hacer propaganda á su proyectos: que esta propaganda era extensa, lo prueban los conatos de seducción de los oficiales y sargentos que mandaban los Cuerpos acantonados en Guanajuato, la correspondencia que sostenía con Morelos y otras circunstancias.

Fabricó lanzas en Santa Bárbara, se preocupó bastante del capítulo de recursos, como lo prueba la resolución que adoptó, de secuestrar los bienes de los europeos, y si llegó á figurarse que vería triunfar la causa por la que iba á combatir, es probable que formase el plan embrionario de gobierno á que hace alusión Alamán, y que este plan tendiese al establecimiento del sistema republicano, único que habían producido las dos últimas revoluciones ocurridas en el mundo: la de 1775 en los Estados Unidos y la de 1789 en Francia, cuya historia es probable que conociera el Cura de Dolores. Contaba con empezar la revolución el 1o. de Octubre de 1810, en cuya fecha se levantarían simultáneamente Dolores, San Miguel, San Felipe, Querétaro y algunas otras poblaciones, y es probable que aun-



que tuviera fe en su empresa, nunca creyera que en pocos días había de contar con un ejército de cien mil hombres.

Los sucesos se precipitaron y su resolución de empezar la revolución con los elementos con que contaba, le dieron el primer puesto entre los caudillos independientes y las promociones de Celaya y de Acámbaro se lo confirmaron, haciéndolo Generalísimo de las tropas insurgentes, á las que sin embargo no podía guiar á la victoria por carecer de conocimientos siquiera rudimentarios en el arte militar. Bajo este concepto puso su confianza en gran parte en Allende, que era á quien correspondía, pero no dejó de otorgarla á Aldama, y sobre todo á Jiménez, que es el que aparece con el carácter de cuartel maestro del ejército.

En San Miguel, Guanajuato, Valladolid y Guadalajara, hizo aprehender á los españoles, y si bien respecto de muchos dió orden de que fuesen muertos, respecto de otro no la dió, y sólo es responsable de su debilidad para con los feroces asesinos Marroquín y secuaces, que materialmente se ensañaron con los indefensos prisioneros. No aparece de los antecedentes de Hidalgo que fuese de instintos sanguinarios, y por lo mismo llama la atención que ordenase ó permitiese esos asesinatos, y su conducta sólo puede atribuirse á que tuviese algún grave resentimiento que vengar en

ellos, lo que no es creíble, ó que creyese necesario su exterminio para asegurar el triunfo de la causa porque combatía. Si se atiende á que los españoles eran los dominadores y á que estaban acostumbrados á mirar con desdén y hasta con desprecio á los hijos del país, sobre todo en las poblaciones pequeñas, que era en las que el caudillo había pasado la mayor parte de su vida, debe creerse que esos asesinatos fueron ordenados más que por espíritu de venganza, con el carácter de medidas políticas. Sin embargo, ni aun así son excusables. Que tenía ideas de orden, lo demuestra haber dejado á los Ayuntamientos sus atribuciones y ser ésta la única institución que no trató de desquiciar. La fundación de la casa de moneda de Guanajuato, la supresión de tributos, estancos y de la esclavitud, así como otras medidas que dictó y que aunque fueron en corto número, indican que tenía buenas intenciones é ideas propias sobre determinados asuntos.

Salido de San Miguel, no se dirigió directamente sobre Guanajuato á Querétaro, como parecía indicado, sino que siguió para Acámbaro, de donde al fin se resolvió á encaminarse á la primera de las citadas poblaciones; la actitud de Calleja parece que fué la causa de estas vacilaciones y el deseo de que se le viese rodeado de prestigio ahí donde tanto se le conocía, el que lo



hizo que se dirigiese á Valladolid antes de tomar resueltamente el camino de México. Después de la batalla de las Cruces se negó resueltamente á ocupar la capital, alegando la falta de municiones y la proximidad del ejército de Calleja. Lo primero no debía arredrar á un caudillo que acababa de hacer una marcha triunfal y de improvisar un gran ejército sin tener municiones ni un solo cañón, y lo segundo no era obstáculo, pues entre esperar á Calleja en campo raso y esperarlo dentro de una ciudad abundante en recursos, la vacilación no podía durar mucho.

Aun en el supuesto de que por el ataque de aquel jefe se viesen los insurgentes obligados á desalojar la ciudad, ya la habían ocupado, haciendo huir ó aprisionando al Virrey y principales autoridades, trastornando el régimen colonial, haciéndose de inmensos recursos y prestigiando grandemente la causa con la ocupación. Acaso el ejército de Calleja, que aún no recibía el bautismo del fuego, se hubiera negado á combatir y hábilmente conquistado con dádivas se habría pasado á los insurgentes ó hubiera sido obligado á retirarse muy mermado; la Independencia quedaba casi hecha y se hubiera evitado la larga lucha de once años. En cuanto al saqueo á que estaba expuesto México, "no es verosímil que arredrase á Hidalgo la perspectiva de él y

del desorden que se seguiría á su entrada, cuando consideraba esto como un mal necesario é irremediable," dice Gustavo Baz, uno de los biógrafos de Hidalgo.

La precipitada retirada después de la victoria de las Cruces, hizo que los ejércitos insurgente y realista tropezasen materialmente el 6 de Noviembre en Aculco, donde el primero se desvaneció como el humo, y al desaparecer dejó ver la desunión de sus principales jefes: ya hemos visto que Allende con los principales militares se dirigió á Guanajuato para defender la ciudad, que creía digna de ser la capital del mundo; Hidalgo, por su parte, se encaminó á Valladolid, donde llegó tres días después de la derrota de Aculco. Permaneció varios días levantando fuerzas, pues pensaba hacerse fuerte allí, pero al tener noticia de la ocupación de Guadalajara por Torres, salió inmediatamente y llegó á la capital de la Nueva Galicia el 26 del mismo Noviembre. Allí se le reunió Allende, derrotado en Guanajuato, y los demás Generales, y todos afectando olvidar sus pasadas discordias, trataron de sacar de la plaza los recursos necesarios, y de organizar un gobierno, á iniciativa de Don Ignacio Rayón.

La batalla de Calderón se dió por voluntad expresa de Hidalgo que tenia fe en la victoria y que después de ella esperaba no pulsar dificultades para llegar á Méxi-



co; para ella se trajeron de San Blas muchos buenos cañones del arsenal, se reunió bastante gente de la provincia, se fabricó pólvora, etc. Como ya hemos visto, tres veces estuvo á punto de declararse la victoria por los insurgentes, pero al fin fueron derrotados y se vieron obligados á huir. Hidalgo tomó rápidamente el camino de Aguascalientes, y en el camino se le unió Iriarte, que no pudo llegar oportunamente á Calderón; en la Hacienda del Pabellón lo alcanzó Allende y los demás jefes, y después de una escena violenta en la que se hicieron mutuas recriminaciones, el Generalísimo abdicó verbalmente el poder, y desde aquel momento siguió en el ejército sin carácter oficial alguno. De Zacatecas se retiraron los jefes á Salinas, con ánimo de llegar á Saltillo, y en Matehuala se adelantó Allende, con el objeto de batir las fuerzas que los amenazaban; dos ó tres días después salió Hidalgo, acompañado de sus mozos y de Marroquín. Por el camino recibió el oficio de Cruz en que le ofrecía el indulto; Hidalgo y Allende lo contestaron negándose á cualquier arreglo que no tuviese por base la libertad de la nación.

Al resolverse el viaje á los Estados Unidos, parece que Hidalgo, por lo que declaró en su causa, no tuvo voz ni voto; sin embargo, alguna participación tuvo en el proyecto, como lo demuestra el consejo de

hacerse acompañar de un misionero del colegio de Guadalupe, y las credenciales y nombramientos que en unión de Allende firmó para el Lic. Aldama, nombrado Embajador, y para Rayón, Licéaga y Arrieta, quienes quedaron con el mando del ejército. Desde Saltillo emprendieron directamente el viaje por Monclova, para llegar á cuya población tenfan que pasar por Acatita de Bajan, lugar donde, como es notorio, cayeron en poder del traidor Elizondo, que los entregó á Salcedo para que los llevase á Monclova, y de ahí los remitiese á Chihuahua, donde se les formó causa, por ser la residencia de las autoridades superiores de la región llamada "Provincias Internas."

El 21 de Marzo de 1811 fué la prisión de Hidalgo; el 26 salió de Monclova para Chihuahua, á donde llegó el 23 de Abril; el 25 se nombró al Juez de la causa y el 7 de Mayo rindió su primera declaración el preso. La importancia de éste y lo numeroso de las causas que el Consejo de Guerra tenía que instruir, hicieron que el proceso del Cura de Dolores tardase algún tiempo, y después, cuando los militares y aun muchos paisanos habían sido ya fusilados, él conservó la vida, gracias á su carácter sacerdotal. La justicia eclesiástica intervino en el proceso y dejó pasar algunas semanas en decidir si el preso debía ser llevado á Durango, donde residía el Obispo, ó no;



degradado al fin Hidalgo el 27 de Julio, fué entregado á la justicia ordinaria, que ejecutó en él la sentencia de muerte el 30 del mismo mes. Un tarahumai fué el que separó del tronco la cabeza, que debía ser colocada, como se hizo, en un ángulo de Graditas.

La causa que se formó á Don Miguel Hidalgo ha servido para que en su contra se formulen cargos tremendos ó se hagan panegíricos exagerados, sin fundamento en concepto nuestro, pues allí no debe verse más de la situación angustiosa á que se hallaba reducido un hombre que vé la muerte cercana; era natural que tratase de disculparse siempre que encontrara oportunidad de hacerlo, que estuviese arrepentido de muchas de sus acciones durante la revolución, y que no pensase ya más que en lo próximo que para él estaba el momento en que iba á comparecer ante Dios. Así, pues, no deben buscarse en esa causa señales ó huellas de debilidad ó de firmeza, ni capítulos de acusación ó de alabanza. Unicamente debe verse como un documento histórico digno de consultarse, por las noticias que contiene. Su análisis no quitará ni un ápice de la reputación que Hidalgo tiene adquirida, ni tampoco servirá para aumentarla, y al deplorar que su gloria de iniciador de la Independencia de México tenga algunas sombras, no se debe procu-

rar que éstas se extiendan hasta opacar aquélla; ni tampoco empeñarse en limpiarla tanto que se llegue á quitar todo el mérito á los que tanto ó más que él ayudaron á la causa de la Independencia.





### DON JUAN ALDAMA.

---

Este militar, que tomó parte en la revolución de Dolores, fué amigo y compañero de Allende, y por él y por sus ideas políticas, se afilió entre los conspiradores de Querétaro.

Nació en San Miguel el Grande, por los años de 1769 á 1772, y pertenecía á una familia acomodada de la localidad, emparentada con otras de Querétaro y Guanajuato; se dedicó á la carrera de las armas y llegó á Capitán del Regimiento de la Reina, donde lo encontraron los sucesos de 1809; tomó parte en la conspiración de Valladolid y luego en la de Querétaro, á donde concurría con frecuencia y posaba en la casa de su hermano político, Don José Ignacio Villaseñor Cervantes, Regidor perpétuo, que era uno de los comprometidos. Estaba, como los demás, en el secreto de que la re-

volución debía estallar el primero de Octubre de 1810, y entretanto que llegaba esa fecha, procuraba reclutar gente para la revolución.

Se encontraba en San Miguel, lugar de la residencia del Escuadrón que mandaba, cuando recibió en la mañana del día 15, el aviso que la Corregidora enviaba con el Alcalde Ignacio Pérez, de que la conspiración estaba descubierta; comprendiendo Aldama la gravedad de la noticia, y no teniendo con quién consultar, pues Allende no estaba en la población, se dirigió á Dolores, á donde llegó ya entrada la noche; inmediatamente habló con aquél y luego fué introducido á la recámara, donde ya estaba recogido el Párroco; enterado éste de lo ocurrido en Querétaro, comenzó á vestirse, profiriendo la célebre frase: "Somos perdidos, señores, aquí no hay más recurso que ir á coger gachupines." Aldama pretendió hacer algunas observaciones á Hidalgo para conseguir que desistiese de tan exrtema resolución, pero ni tuvo tiempo de hacerlas, pues aquél mandó llamar á su hermano de padre, Don Mariano; á Don José Santos Villa y á los serenos, y salió con rumbo á la cárcel para poner en libertad á los presos. La revolución había comenzado.

Aldama, en unión de Allende, prendió á los españoles Rincón y Cortina; y horas después salió para San Miguel con el pu-



ñado de hombres que se había reunido; allí recibió el encargo de cuidar de la seguridad de los españoles presos, á cuyo objeto destinó parte del Regimiento de la Reina, del que era Capitán, y que se reunió en la villa á los sublevados. En Celaya manifestó francamente á Hidaigo el disgusto que le causaba el sistema que empezaba á observarse, de entregar al saqueo las casas de los españoles, á lo que el Cura contestó que él no sabía otro modo de hacerse de partidarios, y que si Aldama lo tenía, se lo propusiese. Desde entonces quedó disgustado, pero ya era tarde para retirarse de la revolución, y su cabeza, así como las de sus compañeros, había sido puesta á precio.

Con el grado de Mariscal que se le dió en la promoción de Celaya, siguió en el ejército, pero poco es lo que se sabe que hizo: en Guanajuato no mandó el ataque de Granaditas, y días después, el 3 de Octubre, salió por el camino de la Sierra, en observación de los movimientos de Calleja; recorrió buen trecho de la provincia, llegó á San Felipe, y cuando se convenció de que este General aún no movía su ejército, regresó á San Miguel, engrosó sus fuerzas y siguió el camino de Celaya y Acámbaro, yendo á reunirse con el ejército en Indaparapeo; en su tránsito recibió en calidad de prisioneros á los Coroneles García Conde y Rul y al intendente Merino, que iban

comisionados por el Virrey Venegas á poner Valladolid en estado de defensa; los retuvo á su lado hasta la llegada á esa población, y evitó que se les diese mal trato. Aldama, que entró con el grueso del ejército el 17 de Octubre, no tomó parte en ninguna de las disposiciones dadas para la aprehensión de europeos y confiscación de sus bienes.

En Acámbaro recibió el empleo de Teniente general, que le fué discernido en la promoción habida allí, y con tal carácter asistió á la batalla de las Cruces, donde tuvo á sus órdenes todas las fuerzas que desde San Miguel le obedecían; fué uno de los que más disgustados se manifestaron por la retirada de México, y en Aculco se vió obligado á abandonar su familia, que se le había reunido y que ningún insulto sufrió, gracias á que el Coronel García Conde supo corresponder al buen trato que había recibido de Aldama. Este acompañó á Allende á Guanajuato, donde se ignora lo que hiciera por defender la ciudad, y á Guadalajara, donde se ocupó de reunir elementos; parece que en el puente de Calderón tuvo el mando de una de las alas del ejército independiente, y se retiró cuando vió la batalla perdida. Reunido á Allende, Arias y Jiménez, acordaron los cuatro quitar el mando á Hidalgo, como lo verificaron en la Hacienda del Pabellón, y en Za-



catecas, viendo que era indefendible la ciudad, resolvieron dirigirse al Saltillo, de donde continuaron para los Estados Unidos.

Aldama, que era el de más edad y de más sensato entre los caudillos militares insurgentes, consideró que su causa estaba perdida, y, en consecuencia, fué de los que más calurosamente apoyaron el proyecto de emigración, y consiguió que su hermano el Lic. Don Ignacio fuese nombrado Plenipotenciario en aquella nación y que se adelantase al ejército; al mismo tiempo hizo que Jiménez preparase alcjamientos y subsistencias en todo el camino, y dió muestras de gran actividad. Nunca creyó, como tampoco lo creyeron los demás jefes, que la traición los asechase en su ruta y contaba llegar á la frontera sin novedad; siendo difícil decir lo que hubiera sucedido después, pues es probable que el Gobierno de Filadelfia se desentendiese de sus demandas de auxilio y que cuando mucho, nada más les permitiese hacerse de armas y municiones, vendiéndoselas muy caras.

Aldama, como todos sus compañeros, cayó preso en Acatita de Bajan y fué llevado á Chihuahua, donde rápidamente se le formó causa; aunque no se le podía probar que se había portado cruelmente, bastaba el hecho de que siendo militar se había sublevado para que se le condenase á muerte; además, su cabeza estaba pregonada

da y valía diez mil pesos. Condenado á la última pena, no pudo ni escribir á su familia, y recibió la muerte en unión de Allende, Jiménez y Santa María, el 26 de Junio. Su cabeza fué una de las destinadas á un ángulo de Granaditas.

En 1824 se declararon heroicos sus servicios, y su nombre fué mandado inscribir con letras de oro en el Salón del Congreso: sus restos se depositaron en la cripta de Catedral, y hoy se encuentran en la capilla de Señor San José.

Si el vértigo no hubiese invadido el cerebro de los primeros caudillos y el éxito de reunir ejércitos considerables con los que ni soñaban, no los hubiese cegado hasta el punto de creer innecesario disciplinar esas masas, es probable que con los conocimientos militares que tenían y con ejércitos menos numerosos, se hubiesen dedicado á instruirlos y hubieran podido hacer una revolución menos rápida que la que hicieron, pero más fructífera, sin que hubiesen llegado al fin desastroso que casi todos ellos encontraron.